

el bien, el cual es amable, y aunque reclame á su vez principio y fin, permite **CONFIAR EN UNA TRANSACCIÓN INDEFINIDA.**

La *transacción indefinida* es la vida en perpetuo porvenir; su ley (generalidad) es Dios, Providencia; su fenómeno (particularidad), la vida humana.

La confianza absoluta en la transacción indefinida, es la fe religiosa; la confianza relativa es la fe en el *simbolismo* religioso.

Esta fe *debe* tenerse, porque el bien y la transacción son *los que deben ser.*

Sin embargo, si la transacción no puede menos de hacerse en general, en particular puede no ser hecha, y de aquí el origen de un mal.

¿*Debemos* creer en el mal respecto de la vida de nuestro espíritu? No, seguramente, por más que *pueda* hacerlo aquel á quien quepa esta desgracia.

Afirmación y negación. —

La afirmación y la negación se solicitan mutuamente.

Mientras se obstinan en *ser* lo que son *en teoría*, imposibilitan la práctica correlativa.

Aun renunciando á ser en absoluto y asociándose en *relación*, pueden en la afirmación y la negación encastillarse en la *afirmación absoluta* de *ser* tal relación, renegando de la correlativa negación común de ambas tesis, que si es nada en teoría, se hace indispensable en la práctica.

Esta relativa negación sintética en absoluto es lo indefinido, lo desconocido, lo imposible en teoría.

Pero negada la correlativa negación sintética absoluta, la afirmación absoluta *se hace* también imposible, ó mejor dicho, ha de reconocer la imposibilidad de *hacerse* á sí propia.

La práctica es la que interviene para la conciliación posible de las síntesis absolutas positiva y negativa.

Esta práctica es de dos modos, viviente y no viviente: *viviente* mientras permanece y donde permanece la *circulación* sintética y analítica entre los polos fundamentales que se llaman absolutos cuando se los considera aislados; *no viviente* mientras falta y donde falta la circulación fundamental de los cuatro elementos de la vida, y sólo aparecen formas que no son ella, aunque se relacionan con ella.

Aficción, del latín *ad*, cerca, y *flectere*, doblar. — Estado pasional depresivo que se siente como un mal.

La aficción se distingue de la tristeza y del dolor.

El dolor no es cuerpo ideal del pensamiento, sino del simple sentimiento en sus relaciones con la vida orgánica.

La aficción puede llamarse dolor de corazón, esto es, dolor representado en ese sentimiento superior, que se fragua en el pensamiento abstracto.

La tristeza no es precisamente dolor, sino más bien ausencia del placer moral.

Se entristece á una persona con la pérdida de una ilusión; se la affige imponiéndola un castigo moral.

Aflojar, *ad*, cerca, y *flojo*. — En tirar y aflojar las riendas de la vida, consiste que la del hombre marche bien, en cuanto puede dirigirla el pensamiento humano.

Afluencia, *ad*-fluencia. — Lo que fluye es lo práctico, relativamente á lo teórico, que se para y está quieto.

Las palabras habladas pueden ser afluentes, y es bueno que lo sean cuando no pecan por exceso: las es-

critas carecen de esa afluencia, pero se graban más en el pensamiento de quien atentamente las lee.

Afodar, del latín *ad*, cerca, y *fo-dere*, cavar. — Lo mismo que abundar.

En la práctica viviente los animales se meten á veces en honduras de la tierra: son los menos, y aun esos se meten para no morir, y no precisamente para vivir. También son los menos los hombres que se meten en honduras filosóficas: hallan en la superficie lo bastante para vivir.

Aforar, del latín *ad*, y *forum*, plaza. — Si la plaza pública es el gran mercado donde se aforan las cosas positivas fenomenales, externas, el espíritu, la inteligencia, es el mercado donde se aforan las ideas, las generalidades, las leyes, lo que debe ser, en contraposición con lo que puede ser.

Aforismo, del griego *aphorizo*, yo separo. — Frase concebida como ley de la razón práctica ó de la experiencia en cualquier orden de funciones.

La Humanidad, en la mayoría de sus individuos, se rige por reglas consuetudinarias, por *términos medios* inconscientes de su propia filiación; sigue las inspiraciones de una *Providencia moral y científica*, cuya paternidad no reconoce, ni se cuida de reconocer.

Así es que marcha á tientas, tropezando y cayendo á menudo. Tiene por teorías, prácticas trazadas en un fondo oscuro. La tarea de aclarar este fondo está reservada á unos pocos pensadores.

Aforismo de Hipócrates. — Casi toda la doctrina filosófica del tan justamente llamado Padre de la Medicina, se compendia en el aforismo «La vida es corta, el arte es larga,

la ocasión fugitiva, la experiencia falaz y el juicio difícil.»

Su prudencia le movió á dar á sus sucesores un consejo, del cual se escandalizaba Galeno cuando era joven: «Sed útiles al enfermo, ó al menos, cuidad de no perjudicarlo.»

He aquí un tan buen médico, como Sócrates fué un buen sabio.

No despreciaba la teoría y menos la práctica; pero apreciaba en lo justo así el uno como el otro punto de vista de la función de vivir, en el pensamiento como en todo.

Si la experiencia es falaz y el juicio reflexivo difícil ¿á qué nos atendremos? Á vencer, en lo posible, las dificultades por uno y otro camino; resignándonos ante el obstruccionismo perpetuo de lo imposible.

Afrenta, de *a*, y *frente*. — Estado pasional doloroso, causado por la distancia entre la consideración que se desea ante los demás, y la que se obtiene en virtud de las circunstancias afrentosas.

Se distingue la afrenta del simple agravio, en que el menoscabo por éste producido es solamente fenomenal; no es herida hecha al representante de la ley *enfrente* de otro representante de la ley, que la interpreta en forma opuesta.

Se agravia á una persona privándola de sus bienes ó de sus derechos; se la afrenta probándola un hecho contrario á la ley moral, y hasta modos de ser repugnantes á la estética y á la condición humana en cuanto dependen de su voluntad.

Afrontar, *a*, de frente. — Presentar la frente, oponer un dique positivo á las eventualidades del porvenir, mediante la serenidad de la reflexión.

También el sentimiento irreflexivo *afrenta* los peligros. Sin embargo,

afrontarlos porque se los ignora, por falta de razón ó por tenerla ofuscada la vehemencia del sentimiento, no equivale á afrontarlos con plena conciencia de lo que se hace.

Esta serenidad del varón justo es la que los poetas han recomendado en versos elocuentes

Agarrarse, de a, garra. — Quien procede bien no necesita buscar en la práctica un clavo á que agarrarse. En los vaivenes de la fortuna, le sostiene el asidero de su conciencia. Esto no impide que, aun conservando su espíritu tranquilo, sufra su cuerpo vaivenes, que le obliguen á agarrarse fuertemente á cuanto le sea lícito echar la mano sin caer en pecado mortal.

Agarroto, ad, garrote. — La sociedad se halla á veces en el terrible compromiso de agarroto el cuerpo del criminal, so pena de pasar por el peligro de que el espíritu criminal agarrote el cumplimiento de la ley. Agarroto el hombre su cuerpo en el caso de urgente necesidad, y deja libre á la razón el uso de sus fueros.

Agasajar. — Suena á gajes dados en prenda de amistad.

Así se interpreta comúnmente, manifestando con caricias y con dones el afecto á un huésped ó un amigo.

No hay modo de agasajar al que se obstina en vivir *abstraído* en pensamientos religiosos ó filosóficos inmóviles é intransigentes.

No hay gaje que despierte en él la conveniencia de completar con la práctica la obra de la teoría.

Agente, del sánscrito *ad*, mover, del griego *agein*, dar el primer impulso, y del latín *agens*. — Sustantivo funcional: el que hace. *Ad-gente*, síntesis positiva, *haciente*.

Supone un correlativo: el que pa-

dece. Asume la acción como el paciente la pasión.

El agente hace activamente lo que la pasión hace pasivamente.

Hay etimología entre agente, gerente, generador. Es agente el que produce ó destruye alguna cosa; gerente el que realiza una idea de producción ó destrucción; y generador el que contribuye á la generación de algo, ya sea en forma de realidad ó de idea, ya del sexo masculino ó del femenino.

El agente, el gerente y el generador activo, es el espíritu (lo indefinido), relativamente á lo que aparece como cuerpo hecho, realizado, engendrado; por más que este cuerpo contribuya con relativa pasividad á la función de actividad, de gerencia ó de generación.

En lo inorgánico es el agente fuerza determinada ó determinable; en lo orgánico es determinante de la fuerza, desde la del orden vegetativo hasta la del orden consciente de sí propio.

Agitar, del latín *ad*, cerca, *gerere*, hacer, é *itare*, frecuentativo de *ire*, ir. Verbo que representa en general á la categoría de causalidad como forma especial de la función de hacer, gestionar, engendrar, etc.

La agitación supone correlativamente como ausentes la calma, la tranquilidad. Significa un modo de hacer ó de padecer en que sobresalen el movimiento de la acción ó la pasión, exteriorizadas, realizadas, más bien por fenómenos inconexos que por hechos armónicos con el ideal correlativo.

Una vida agitada es á menudo bo rascosa. Una vida tranquila puede muy bien ser enérgica y fecunda en resultados. Lo que procede es que se haga la ley resueltamente, no á fuer-

za de tentativas, cuyo número, ó no supla ó supla defectuosamente, su falta de intensión ó de acertada dirección.

Es preferible hacer, gestionar ó engendrar, sin agitación que con ella.

Sin embargo, algunas cuestiones han menester de agitación para resolverse; así como para realizarse la necesitan no pocas composiciones ó descomposiciones químicas. Verdad es que en tal caso el agitador está tranquilo; su idea vive en calma, y sólo emplea la agitación como medio ó *transacción* para realizarla.

Ágil, de *agente*. — El agente rápido, exento de dificultades y entorpecimientos.

Hay agilidad de espíritu, como la hay de cuerpo.

Es comúnmente cuerpo más ágil el que tiene menos cantidad corpórea, como es más ágil de espíritu quien le tiene de mejor calidad.

La agilidad de espíritu es prenda ó semilla que se hereda de Dios; pero también puede cultivarse y robustecerse con un ejercicio convenientemente dirigido.

Ágio, de raíz céltica ó germánica *adh*, *as*, *ais*, cómodo, fácil. — Es también posible que provenga esta palabra del mismo origen que sus análogos, agilidad, agitación, etc.

Se la aplica especialmente á la agitación comercial, que es, en efecto, una de las más cómodas, y que más parecen un juego, que un ejercicio formal del cuerpo ó de la inteligencia.

Hay agiotistas científicos, artísticos y hasta religiosos, como los hay en las Bolsas y en los mercados.

Aglaufemus. — Místico contemporáneo de Pitágoras, á quien se supone inició en los misterios de la Tracia.

Lo místico y lo profano compitieron en el dominio del pensamiento helénico, como compiten al iniciarse cualquier civilización y al despuntar en la niñez del hombre los primeros albores de la inteligencia.

No es extraño: el saber es el correlativo indispensable del ignorar, y el primer paso en la función entre el saber y el ignorar es el *creer*, dominante sobre el dudar, que viene después para cerrar el círculo, que simultáneamente, en un instante dado, se abre de nuevo y de nuevo se *representa* mientras dura la vida del individuo.

Aglomeración, del latín *ad*, y *glomus*, ovillo. — Falta de relación entre las cosas por exceso de identificación, con perjuicio de la distinción correlativa.

Las filosofías ecléctica, sincrética y panteísta, son aglomeraciones, ó caprichosas ó tiránicas, que impiden la análisis racional, y asfixian el pensamiento, ya por inanición (las eclécticas), ya bajo la pesadumbre de su cuerpo (las panteísticas).

Agnosis, del griego *a*, privación, *gnosis*, conocimiento. — La ignorancia absoluta es mortal; la relativa es, por el contrario, saludable, dentro de límites que permitan el ejercicio armónico de la función intelectual.

Agonía, del griego *agón*, lucha, combate. — Sustantivo de una fase de la función viviente en general.

Lucha suprema de la vida con la muerte. La vida del desgraciado es una agonía continuada; la del viejo decrepito, una agonía anticipada.

Cuando se asiste á la agonía de alguna persona, se presiente el fin de su vida sin principio ulterior. Este fin se parece al principio correlativo,

en que ambos lindan con lo desconocido ó el no sér.

La agonía del hombre es para el espiritualista el paso á la vida eterna; para el materialista el paso á la eterna muerte. Para quien concibe la vida como transacción, es el tránsito á una vida ulterior posible, aunque de forma indeterminada é indeterminable, reclamado por la ley moral.

Agorero, de *agüero*. — El que hace agüeros.

El agüero es análogo á presagio, pronóstico, adivinación, vaticinio.

El porvenir se determina idealmente en el hombre como precursor de la realidad, como forma de realidades posibles.

Estas formas precursoras son los ideales que pueden realizarse ó no realizarse en lo futuro y aparecer, ó no, realizados en lo presente.

Cuando se inclina el pensamiento á favor de uno de estos ideales, por medio de probabilidades fundadas en hechos ó leyes conocidas, se hace un pronóstico; cuando se da crédito á un presentimiento apenas explicable racionalmente, se hace un presagio á ciegas ó un vaticinio, con ayuda de la reflexión; cuando se funda el pronóstico en simbolismos supersticiosos, en ídolos sustituidos á las ideas, se hace un agüero, y cuando se pretende interpretar á la legítima divinidad se supone una adivinación. El genio adivina, el fanático augura, el apasionado presagia ó vaticina, el pensador pronostica.

Agraciar, *Ad*, cerca, *gracia*. — Conceder alguna gracia; dar de balde, ó como premio merecido, algo bueno á otra persona.

Todos vivimos por la gracia de Dios, como se dice expresamente de

los reyes á quienes se atribuye derecho hereditario ó personal.

Cuando se nos cumple un deseo acariciado durante largo tiempo, exclamamos: ¡gracias á Dios! Y todo buen cristiano apetece morir en estado de gracia.

Dios agracia de mil maneras: con belleza, con bondad, con un entendimiento, tipo verdadero del entendimiento en general.

Falta que nos agraciemos nosotros mismos en la *práctica* como deseamos ser agraciados *en teoría*.

Agradar, a-grado. — Inspirar un sentimiento benévolo. Dominar *de grado* y *no por fuerza*.

Agradar suena de modo análogo á agraciar, con la variante de la *c* por la *d*.

Agradan varias cosas, cuando armonizan con los ideales de las personas relacionadas con ellas. Lo que agrade debe ser lo moral, lo estético y lo verdadero.

El sentimiento de cada individuo tiene sus leyes propias: leyes prácticas, *costumbres*. Así que cuanto se asienta en el pensamiento de un hombre ó en la colectividad más comprensiva, como *debiendo agradar*, puede en algún caso no agradar, y viceversa. Está lejos lo que debe agradar de poderse definir matemática ó lógicamente. Su definición es vaga y sometida á todas las contingencias experimentales.

Agradecimiento, de *agradar*. Retribución de un beneficio recibido. Sentimiento de amor á aquel ó aquello que nos hace un bien. Honra y enaltece á la persona que le siente, pero no puede el bienhechor exigirlo como un derecho; pues si lo exigiera no sería el bien hecho *gratuitamente*, sino con título oneroso.

Naturalmente, agrada todo bien que se recibe; pero no es preciso que agrade también la persona que lo otorga, si bien la falta de agrado personal arguye una distinción odiosa entre el bien causado y la causa de donde procede.

Agrandar, del latín *ad*, cerca, y *grandis*, grande. — Función cuantitativa que consiste en determinar un número ó una superficie mayor que otra dada ó determinada. Todo lo objetivo se puede agrandar y disminuir. Si algo se exceptuara, faltaría para aquel caso la categoría de cantidad. Sólo teóricamente y por abstracción arbitraria puede considerarse algo desprovisto de cantidad. Como limitativos de la cantidad y, por consiguiente, de todo grandor, figuran la calidad y el tiempo.

Agravar, del latín *ad*, cerca, y *gravis*, pesado. — Función cuantitativa de aumentar la gravedad, el límite causal, que corresponde á lo definido en su relación con lo indefinido.

Lo que agrava es siempre un mal en el curso de las funciones vivientes, porque interviene oponiéndose á la actividad del polo indefinido de la vida.

Agravio, del latín *ad*, cerca, y *gravis*, cosa pesada. — Daño ó mal causado á un individuo contravinendo alguno de sus legítimos derechos.

Difiere de la afrenta y de la ofensa. Afrenta lo que redunde en descrédito de la persona. Agravia cuanto perjudica á su propiedad y al libre ejercicio de sus legítimas funciones. Ofende lo que sin consecuencias transcendentales en general, es, sin embargo, un daño moral en el momento particular presente.

La falta de confianza en una persona se suele considerar como ofensa;

la demostración de que tal desconfianza es merecida se recibe como afrenta; una sentencia injusta sobre asuntos legítimos se mira como agravio.

De los agravios y las afrentas puede juzgar un extraño. De las ofensas sólo juzga el sujeto en quien recaen. La afrenta y la ofensa tienen más carácter subjetivo. El agravio tiene más carácter objetivo.

Agregar, del latín *ad*, cerca, y *grex*, grey. — Sumar (no identificar) exteriormente unas cosas con otras.

Se agregan fenómenos en particular. Se conciben identificados los fenómenos desde el punto de vista de su generalidad, que es su ley. Los fenómenos agregados no forman individuos. Éstos necesitan, no simple agregación, sino identificación mediante la ley que el individuo realiza y no recibe completamente realizada fuera de sí propio.

Agregar se distingue de *asociar* y *añadir*. Se asocian ideas, se añaden cosas, se agregan, en forma colectiva, cosas é ideas determinadas ya.

Agresión, del latín *ad*, y *gradi*, marchar. — Realización consciente de un acto contrario á la existencia ó el bien de otro.

El agresor causa un mal deliberado, ó intenta al menos causarle.

Agrippa. — Filósofo escéptico del siglo II, que redujo á cinco los tropos ó argumentos en que se apoya su doctrina; á saber: 1.º, la contradicción de las ideas entre los hombres; 2.º, la tarea inacabable de probar una cosa con otra, que se prolonga indefinidamente; 3.º, el círculo vicioso ó *dialelo*, que se comete pretendiendo probar una cosa, por la misma cosa que ella necesita probar, ó sea los contrarios entre sí recíprocamente; 4.º, el inten-

to de probar algo por otro algo que se suponga exento de ser demostrado, ó sea la *hipótesis*; entonces se asienta sin prueba lo mismo que sirve para demostrar lo que se pretende saber; y 5.º, la evidencia que cada cual presume tener en absoluto, siendo así que para cada hombre es evidente lo que puede dejar de serlo para otro.

Todas las objeciones de Agrippa y de los demás escépticos son valederas contra las pretensiones de formular *doctrinas absolutas*. Dejan de serlo si nos limitamos á formular doctrinas relativas, como lo asienta la misma escéptica en su conclusión común *Todo es relativo*.

Solamente hay que advertir á la escéptica, que no basta consignar *teóricamente* que todo es relativo. Al decir sólo esto, aparece como muerto el pensamiento. Para vivir necesita *hacer* algo, y así es como la *práctica* despierta al pensamiento dormido, enseñando á quien dice ignorar *el movimiento*, cómo otro hombre se pasea delante de él.

Agrupar, de *grupo*. — Formar grupos de cosas yuxtapuestas. Reunir colectividades en el espacio.

Los grupos objetivos no realizan jamás la *unidad* subjetiva de sus múltiples elementos: la simbolizan simplemente en el espacio, como el punto escrito simboliza el punto matemático.

Los grupos vivientes (individuos) realizan la unidad subjetiva en el tiempo, y la objetiva en el espacio sin llegar por eso á la unidad absoluta.

No se explica el pensamiento por la colectividad de las ideas, mejor que si se pretendiera obtener un cuerpo humano por la *yuxtaposición* de su cabeza, tronco y extremidades.

Se necesita un enlace *íntimo y continuo*, para formar con órganos diseminados un organismo cualquiera, así real como ideal.

Quien tratándose de cosas é ideas en particular se propone simplemente reunir las suma y obtiene totalidades relativas. Se dice entonces de cada elemento que es agregado y de la totalidad que es un grupo.

Mas por muchos fenómenos que se agrupen, nunca se hará con su *suma* una *ley*, y menos una función. La ley exige una transacción entre el fenómeno definido y lo indefinido como fenomenal; y la función una nueva transacción entre la ley definida y lo indefinido como ley.

Los grupos ó sumas fenomenales pertenecen al reino inorgánico; los de leyes son ya del dominio psicológico en teoría. Los de funciones, son la práctica de todas las formas que consiente la teoría viviente, el pensamiento tipo de la vida.

Agua, del sanscrito *ap*, y del latín *aqua*. — Es el agua elemento natural, intermedio ó transacción entre el sólido y el aire. Es, además, susceptible ella misma de los tres estados sólido, líquido y gaseoso, que constituyen tres elementos, ó sea tres generalidades teóricas, simbolizadas en la Naturaleza.

El agua es el intermedio común, porque, así la condensación como la evaporación, suponen un paso por la liquidez.

Este momento, sin embargo, en que llegan al equilibrio la condensación y la evaporación, puede no ser objetivamente estable, faltando entonces en la Naturaleza esa agua, que se concibe idealmente como intermedio necesario entre la condensación y la evaporación nacientes ó terminantes.

El agua, en sus diversas fases, simboliza la generación de la idea en el pensamiento y la producción de las cosas en la Naturaleza.

Lava el agua las impurezas de los cuerpos, como la función moral las impurezas del pensamiento.

Al congelarse el agua, se hace cuerpo definido, y al evaporarse, espíritu ó cuerpo relativamente indefinido.

La función de evaporarse y congelarse el agua simboliza lo que, sentido, se llama calor y frío, y pensado asciende á función intelectual (concentración y expansión del pensamiento).

En el orden inorgánico son análogos á las funciones concéntrica y excéntrica del agua, las de iluminación y oscurecimiento físicos, y las de atracción y repulsión magneto-eléctricas.

Tales sintió las funciones simbolizadas por el agua; pero atribuyó al símbolo lo que correspondía á lo simbolizado.

Aguantar, del árabe *huad*, ó del hebreo *iad*, mano. — Resistir desde lo indefinido la invasión de lo definido (real).

Lo real, por el contrario, aguanta desde lo definido la actividad causal de lo indefinido.

Las fuerzas humanas aguantan el empuje del molde cósmico, que se esfuerza desde fuera por modelar al viviente á su manera. El orden cósmico resiste á su modo los impulsos autonómicos del viviente.

Agudeza, de *agudo*. — Cualidad de penetrar y profundizar una cosa dentro de otra. Atribúyese al pensamiento bajo su forma propia, como á los cuerpos sensibles bajo la suya.

Agudo no implica profundo, y mucho menos dotado de correlativa solidez.

Agudo, del latín *acutus*. — El ángulo que forman al cruzarse dos líneas, sin separarse mucho en el resto de su longitud.

Por analogía se califica así al pensamiento que acierta á relacionar lo más estrechamente posible las dos líneas de la vida (definida y relativamente indefinida), que se llaman idea y realidad.

Los dos polos de lo que pudiera llamarse *electricidad inteligente* (sentimiento y reflexión), se ponen en contacto agudo cuando estallan las chispas del ingenio.

Se puede, sin embargo, ser agudo sin ser de grande efecto. Una aguja es aguda y penetra; pero no basta para dar salida á una corriente poderosa de líquidos ó de gases.

El ángulo agudo, y más ó menos poderoso, se forma en la vida como función simbolizada por la intersección de las curvas cerradas y abiertas del esquema geométrico.

No hay en la vida otros ángulos que los formados en las intersecciones de las curvas. Los ángulos, relativamente reales, formados en el esquema por rectas, se reemplazan en la función de vivir por ángulos, relativamente ideales, que modifican las curvas mismas en puntos indivisibles.

Los ángulos salientes de las curvas limitadas simbolizan la negación de lo definido á su alrededor; así como el ángulo correlativo al saliente (el entrante) simboliza la afirmación de lo indefinido *dentro* de las corrientes que sostienen la vida.

Agüero, del griego *agoreío*, vocear en público. — Anticipación sentida de un suceso, y especialmente de un suceso desagradable ó funesto. Expectación no fundada en probabi-

lidades científicas, sino en creencias supersticiosas.

Aguja, del latín *acutus*, agudo. — Instrumento que realiza las ideas de agudeza, sutileza, temeridad material.

Por lo mismo que realiza estas ideas, su forma objetiva puede servirles de símbolo.

Aguja imantada. — La aguja imantada es un notable símbolo de la vida.

Hay que suponerla en libertad sobre su eje, como la función viviente lo está sobre el eje indefinido. El imán clavado en la roca no puede funcionar. El sér vivo á quien se priva del eje indefinido (curva abierta del esquema), muere.

La aguja en libertad tiene, como la vida, cuatro polos, dos teóricos y dos prácticos.

Los polos teóricos de la aguja son los que designa cuando queda inmóvil. Los polos teóricos de la vida son la contradicción metafísica, inmóvil en todo momento presente, en que la reflexión pone á un lado todo lo definido y al otro lo totalmente indefinido.

Los polos prácticos de la aguja son las direcciones en que se mueve para venir á parar en los polos teóricos. Los polos prácticos de la vida son *el hacerse y el deshacerse* lo presente, el antes y el después, la producción y la generación, por un lado, la destrucción y la degeneración, por otro.

Los polos teóricos de la aguja dan cuerpo y relativa permanencia á los prácticos. Sin ellos todo sería agitación desordenada. Los polos teóricos de la vida son los límites dentro de los cuales se ejercita, y que evitan su desaparición por el desenfreno de su propio movimiento.

Sin polos prácticos y teóricos, trañ-

sigiendo en un centro común, ni unos ni otros se determinarían.

Sin pararse en algún sitio, sería inapreciable el movimiento. Sin movimiento, hasta carecería de sentido la palabra inmovilidad.

Sin relacionarse la teoría y la práctica mediante un centro común, la vida se congelaría en el espacio, ó se disolvería en el tiempo.

Los polos Norte y Sur del cuadrante de la aguja corresponden en el pensamiento al saber puro y al puro no saber.

El Este y el Oeste del mismo cuadrante (términos medios entre el Norte y el Sur) simbolizan en el movimiento de la aguja, el creer y el dudar (orden práctico de la ciencia).

Entre la función de la aguja y la del sér viviente, no hay más que una diferencia; pero esta es fundamental. La primera tiene un centro fijo, al cual está sujeta por dentro, así como las influencias exteriores la sujetan por fuera. La vida carece de centro fijo; su centro es la libertad y de él parte para ella toda acción, todo principio de cambio y de función causal y pasional. La aguja tiene un Norte físico, que es su situación normal; la vida tiene su Norte legal, que solamente la obliga en general y que ella misma se fragua durante su ejercicio.

Agujero, de *aguja*, y del latín *acutus*. — Solución de continuidad hecha con instrumento agudo.

Los objetos exteriores actúan como si hicieran en el receptáculo del pensamiento agujeros por donde permitiesen salir su contenido ideal.

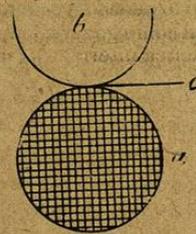
Pero lo que agujerean los objetos exteriores simbolizados por los puntos y las líneas trazadas sobre el fondo blanco del papel, es el fondo mismo desde el cual se destacan. Por

estos agujeros (*e* reduplicado) penetra el tiempo (*b*) (fondo blanco), y modifica la exterioridad (*a*), deshaciendo y rehaciendo las múltiples formas negras, coordinadas con la única forma blanca (lo indefinido relativamente á todo lo definido).

Fuera ó delante del agujero hace el tiempo un mundo inorgánico sujeto á las leyes que impone al llegar á la superficie agujereada (el espacio).

Dentro ó detrás del agujero *se hace á sí propio* el tiempo en sentido inverso al de la superficie agujereada, y por un reflejo análogo al que se pinta en la cámara oscura de un aparato óptico.

Así brotan el sentimiento de cosas exteriores, el de generalidad ó ley y el de la *función ideal*, que realiza, interiormente un mundo subjetivo.



Agustín (San). — Filósofo alejandrino que consolidó la doctrina teológica del cristianismo. Combatió el escepticismo, diciendo que aun el mismo error acredita la existencia positiva del que incurre en él. *Si fallor, sum.*

Del conocimiento de sí se elevó al de Dios, concibiéndole como Verdad, Belleza y Bien absolutos.

Ejercitó así, sin decirlo, el método psicológico, que después ha sancionado el curso de los tiempos.

Su práctica filosófica fué moderada y conciliadora entre las tendencias

opuestas de Platón y de Aristóteles.

Ahingo, a-hincarse en un propósito. — Cualidad del ánimo, que consiste en fuerza de voluntad, determinándose respecto de un objeto.

Vive el hombre más ó menos, según el ahingo que al realizarse en él demuestra lo indefinido.

Ahora, del latín *hac*, hora, esta hora. — Adverbio de tiempo que designa el modo presente. El ahora es el instante transitorio, tan inapreciable en la continuidad de la duración, como el átomo en la continuidad de la extensión. Límite del tiempo en general, es el mismo limitado por el antes y por el después. Entre el antes y el después hay siempre un límite, que en su relación con lo limitado se llama duración, por más que las unidades de duración sean tan inaccesibles como las unidades de extensión. Dentro de cada duración han de poder imaginarse siempre partes posibles de duración.

Véase, por lo tanto, cuán difícil es pensar *ahora* y fijar ese ahora, siendo, como es, un punto indivisible.

El ahora que concibe la reflexión, no le será dado jamás objetivamente. Es el sentimiento mismo, pero exteriorizado ya y muerto en el momento en que se pronuncia la palabra *ahora*.

Así mata el análisis reflexiva la *continuidad* del sentimiento viviente. No demos crédito al análisis reflexiva, sino como límite de una síntesis práctica, que necesita *continuar haciéndose*; ni aceptemos tampoco la síntesis práctica, sino como límite de un análisis particular, que necesita *reproducirse* para que continúe la vida reflexiva, por más que, aun faltando el análisis reflexiva, pudiera seguir nutriéndose la vida sensitiva y aun mejor la orgánica.

Por eso falta la inteligencia en el enajenado, y sigue sintiendo, y falta el sentimiento en el dormido, que si sigue vegetando.

La vegetación es sólo la forma particular de vivir en el espacio, y así como esta forma se reproduce constantemente sobre la tierra, mientras dura la vida, así también se reproduce encima de ella, durante los intervalos de vigilia, la forma de vivir que distingue al sentimiento, y sobre la función del sentimiento se reproduce, con intervalos instantáneos (ahora, ahora...), la función del pensamiento.

Ahrimán, del zendo *agra*, malo, y del sanscrito *man*, espíritu, hombre. Simbolismo persa del mal absoluto ó divino.

El Dios inefable, degenerado siempre cuando se le simboliza, degeneró en Persia hasta ser representado por la dualidad *mal* y *bien*. Más había degenerado entre las tribus salvajes, que ó no le simbolizaban, porque apenas le sentían, ó le simbolizaban con una piedra negra, sin distinguir claramente el símbolo de lo simbolizado.

Aire, del griego *aér*. — Cuerpo sutil que simboliza corpóreamente lo indefinido idealmente; así como la tierra simboliza lo idealmente definido, el agua simboliza la síntesis teórica de lo definido y de lo indefinido, y el fuego la síntesis práctica (producción y destrucción).

Respecto del aire, que es el máximo de indefinición corpórea, el sólido (la tierra) es el máximo de definición inorgánica.

Entre el máximo y el mínimo de definición é indefinición corpóreas está el líquido (cuyo tipo es el agua, adoptada por los antiguos como elemento).

La liquidez, en el sentido de término medio entre el máximo y el mínimo de definición é indefinición, es indispensable también para la vida. Sin esta transacción, ni se podría realizar, ni se la podría concebir.

La transacción es doble; respecto del sólido, pasando á carecer de formas determinadas, y respecto del aire, pasando á tomar determinadas formas.

El aire es lo indefinido, de donde nació el líquido previamente convertido en vapor, y el agua es la madre común, donde nacen los sólidos, en ella disueltos previamente.

Lo indefinido en el pensamiento, é espíritu (aire espiritual) es como un *aire negativo*, cuya negación no se ha de suprimir en teoría para convertirle en algo como aire positivo; sino que se la ha de conservar en relación con todo lo pensado, concibiendo esta relación como generación, ó sea como práctica intermedia, que limitando los extremos teóricos se reproduce en serie indefinida.

Concebir de este modo la generación, no es más que relacionar todo lo concebido y concebible, y concebirlo todo junto en relación con lo inconcebible; pero ¿podemos acaso hacer otra cosa desde el momento en que se nos impone la función de sentir el concepto mismo?

La concepción del concepto ha de ser inconcebible fuera del concepto mismo, que se forma en la función de concebir. Decir lo contrario sería contradecir de plano lo que se dice; porque lo que se dice es que se concibe dentro, y lo que se querría decir es que se concebía fuera.

Para esta dificultad, insoluble en teoría, sólo hay una solución práctica.

En la generación del pensamiento,

el aire espiritual es lo indefinido, nada para el *sér inmóvil*, pero coeficiente preciso del que respira.

El aire del pensamiento es la libertad, cero atmosférico, otorgada por la función analítica ó reflexiva (*a*), que se trueca en oxígeno vivificador (ley) mediante la función práctica (cierre de la curva esquemática) *c c*.



Aislar, de *a*, y *isla*. — Limitar alguna cosa en el espacio: negar sus relaciones. Solo pueden negarse relaciones en particular, sin perjuicio de conservarse la *relación en general*, dada ó posible, con los objetos no comprendidos en el aislamiento particular.

Ajeno, del latín *ab-genus*, género. La propiedad del *otro*. Lo que no pertenece al género, representado por el individuo que pronuncia esta palabra (*otro*).

Decir el mismo, sin decir implícitamente el otro, es tan imposible como decir el otro sin decir el mismo. Platón creía cándidamente conciliar la antinomia entre el uno y el otro, suprimiendo simplemente el otro; sin notar que su misma supresión implicaba su reaparición enfrente del mismo, tan necesaria como la del mismo enfrente del otro.

La consideración de lo uno y de lo otro, que ejercitó ya vivamente el pensamiento de Platón, es una forma de la contradicción lógica (tesis y antítesis) que se resuelve con la síntesis y se reproduce indefinidamente con la antisíntesis.

Deber es de conciencia no apropiarse lo ajeno, y, sin embargo, dijo con mucha razón Terencio:

Homo sum; humani nihil a me alienum puto.

¿Cómo conciliar estas dos grandes verdades, al parecer contradictorias?

Distinguiendo, en medio de su relación, la obra y el pensamiento.

En pensamiento todo es mío; en obra sólo es mío lo que me atribuye taxativamente la ley.

Ajedrez, palabra de origen sanscrito, que pasó al persa y luego al árabe *ach-chitrendj*. — Simulacro de batalla, y también de la vida, por lo que la vida tiene esencialmente de batalla.

Las batallas entre niños son juegos muy frecuentes; los juegos entre hombres son batallas de entendimiento y de fortuna en dosis diferentes; las batallas entre egoístas son el pan cotidiano que se indigesta y mata. Las batallas loables son las que se dan por amor á Dios y al bien universal, y acaban por un abrazo amoroso entre los hombres.

Ajustar, de *a* y *justo*. — Determinar lo justo, relacionar las partes de un todo que antes estaban dispersas, como se relacionan en el *bien* el fenómeno y la ley, ó sea la realidad y la idea.

Ajusticiar, de *a* y *justicia*. — Hacer justicia. Se entiende ajusticiar como aplicación, por ley justa, de la pena de muerte.

Difícil es *justificar* en este sentido la voluntad de *ajusticiar*. La justicia que se hace en este caso es harto relativa, y contraria en absoluto al derecho á la vida, inseparable del *sér viviente*. Sólo puede desatenderse este derecho, para transigir con otros más ó menos respetables; pero semejante